

Los Contemporáneos

BIENOTECIA MUNICIPAL
MADRID

YRQUIERO
D. M.



SIRENAS

NOVELA POR

VICENTE DIEZ DE TEJADA

Ayuntamiento de Madrid

Número extraordinario

10 Cènts.

PILO-SUBLIMADO

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Consejo de Cuarte, 336, oral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



¡La Rosa y la Paca,
la Pepa y la Pura,
que antes usaban
cualquiera mixtura
y hoy usan constantes,
crema PECA CURA,
se entienden, de ha poco
con guapos toreros
que las atavían
con sendos vestidos
y ricos sombreros;
las llevan de juerga
a los merenderos,
do bailan con gracia
clásicos boleros.

Lo mejor del caso
es, o sea segura,
que deban tal suerte
y tanta ventura,
al uso constante
de la PECA CURA

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25, 5, 8 y 11 ptas., según frasco.
PROBAD los jabones, PROBAD los polvos
color moreno (siete matices), rosa blanco,
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,
Rocío Flor, Mimosa, VÉRTIGO, ACACIA, MU-
QUET, Clavel, VIOLETA, Jasmín, 3 pesetas
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los su-
pera, NINGUNO los iguala en perfume,
clase ni presentación. Últimas creaciones de
CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

Fábrica de cordatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES. 12 Precio fijo

Lea usted:

Alrededor del Mundo

25 céntimos

**HIPOFOSFITOS:
= SALUD**



DA VIDA Y
VIGOR A
LOS DÉBILES

29 AÑOS
DE ÉXITO
CRECIENTE

Aviso: Con frecuencia y por mayor, hueco en la venta
se ofrecen similares. Fíjese si con tanta calma en la et-
queta exterior se lee "HIPOFOSFITOS SALUD".

Ayuntamiento de Madrid

SIRENAS

I

Veinte años ha, el veraneo en Mardarenas resultaba delicioso (1).

Verdad es que el costero pueblillo levantino carecía de playa, devorada por las embestidas del mar, lo más del año; que no tenía paseos, ni parques, ni jardines; que los árboles, roídos por el polvo y mustios por la sequía, podían contarse con los dedos de las manos... de muy pocas

(1) Yo te suplico, Zoilo, necio, suspicaz y malintencionado, que no seas majadero.

Mardarenas no es tu pueblo, ni el mío, ni el de nadie. Es *un pueblo*. En mi geografía ideal, Mardarenas, Aldibuena, Fresneda, los Volmires y tantos otros rincones, célebres ya aunque tú no lo creas—porque en ellos he dado sede a mis fábulas, se escapan por las mallas de la red de todos los grados, minutos y segundos del meridiano y del paralelo que se cruzan en el corral de tu casa.

No te esfuerces, pues, en situarlos, ni, menos, en dar nombres reales a sus quiméricos pobladores.

Mardarenas es *un pueblo*... y no pasa de aquí.

Como tú, por mucha bilis que tragues, no pasarás de ser quien eres.—*N. del A.*

manos; que el concejo se desvivía por hacer desagradable la estancia en la villa, a los veraneantes; que éstos, esquilmados por mercachifles rateros, cuando no descaradamente ladrones, comían caro y mal; que los bañistas hundían sus cuerpos en las no siempre claras linfas de una concha miraculosa, pendiente y pedregosa, flanqueada por los hediondos caños de dos cloacas, vertederos de todas las inmundicias y de todas las pestilencias de la población; y que el pueblo, era, además, un chicharrero soberano.

Pero, en cambio, estaba cerca de la capital y unido a ella por numerosos trenes que permitían a los jefes de familia la realización de un pequeño milagro de ubiquidad, viviendo en el campo y en la ciudad, casi al mismo tiempo, atendiendo al veraneo de su prole, sin desatender las obligaciones propias del implacable y tiránico negocio.

Unas cuantas familias ciudadanas, mal instaladas en domicilios realquilados, realizaban así su veraneo económico, sin carga mayor para el ordinario presupuesto doméstico; y con su importada cursilería de quiero y no

puedo, aumentaban la endémica cursilería de "ni corte ni cortijo" peste de todo villorrio. A veces, hasta se daba el caso de presentarse en la villa una nutrida— muy mal nutrida —colonia madrileña, formada por los señores de Cachupín y sus once hijas; ¡once, ni una menos! espirituales, esbeltas, elegantísimas y un tanto escrofulosas, a quienes les fué colgado el remoquete de "Las Oncemil Vírgenes" por ser todas ellas solteras... de necesidad.

¡Cualquiera se aventuraba en aquel avispero!

La clave del misterio de este éxodo de las Oncemil y pico, desde los Madriles hasta las levantinas playas, estribaba en un lejano abolorio maderinense de la virgen madre, y en un privilegio especial—fuero de su cargo—del papá de toda aquella virginal erupción, que le permitía transportar por ferrocarril a toda su tribu, por unas cuatro pesetas, céntimo más o menos. Y es lo que el señor de Cachupín decía para su foro, aludiendo al viaje:

—¡Se lo ahorran de zapatos, Señor!...

Y luego, al regresar a la corte las Oncemil, todas ellas solteras y casi todas ellas vírgenes, ¡eche usted importancia, y dése usted pisto, y tome usted prosopopeya!

—“¡Con decir a ustedes que comíamos langostinos todos los días!...”

¡Las pobrecitas mías confundían los langostinos con sus primos hermanos los camarones, y todos los días del año con uno en que los hubo por casualidad.

Comenzaba ya a ponerse de moda en aquel entonces los baños de sol. La helioterapia realizaba verdaderos prodigios; y, después de todo, tumbarse panza al aire, es para todo español cosa tan grata, que bien merece la pena, por gozarla, de padecer cualquiera enfermedad. Y todos, grandes y chicos, tornando a los tiempos primitivos del culto al Sol, repasaban

sus ages, para mostrárselos a Helios.

Con el pretexto de someter a los niños a los terapéuticos rayos, las familias veraneantes—y tras ellas, las indígenas—pasábanse lo más del día en las candentes arenas de la playa, al abrigo de humildes sombreros de cañas; de egregios baldaquinos, tálamos o palios de viejas esteras sostenidas por palitroques; aprovechando la sombra—como perro el sol—de alguna caseta de baño, tórrida como una estufa, y hasta de tal cual tiendecita de campaña de blanca lona listada de azul o de rojo, con su golpecito de bandera en el mástil, gratas notas de color que, proyectadas sobre el fondo añil de las aguas festoneadas de cabrilleantes espumas, rompían la monotonía aplastante del abrasado arenal.

Al amparo de los niños que corrían desnudos chapoteando por la orilla, como diablejos de chocolate, tostados, curtidos por los besos del sol y de las aguas, divinamente salvajes, prolongaban su baño los pollos y las pollas, y reclamaban también para sus cuerpos, pléticos de vida, los beneficios de la insolación. Y era de ver los corrillos de ondinas y de tritones, entrando y saliendo en las linfas espumosas y tumbándose después, en las candentes arenas, empapados por las aguas salobres que pegaban a sus carnes las ropas de los trajes de baño, modelando los recios muslos, las opulentas curvas de las caderas, los blandos y redondos vientres, los prominentes senos esféricos de las sirenas, dejando al aire sus piernas torneadas, sus carnosos brazos, sus gargantas mórbidas y sus caritas pícaras, protegidas por encintados sombrerillos de piqué o por doradas pamelas de paja, vencedores de los horrendos gorritos de hule, dignos de una olímpica maldición.

Junto a ellas, tumbábanse impúdicos, cuando no procaces, los tritones musculosos y peludos, con sus varo-

niles rostros enjutos, modelados a golpe de espátula, sus cuerpos recios y angulosos, ceñidos por las mallas del traje de punto, denunciador repugnante y vocinglero de íntimas documentaciones en las que, no siempre con candidez infantil, se clavaban los ojos curiosos de quienes, en liberal intercambio, ofrecían a las miradas ávidas y lascivas del enemigo, las turbulencias de sus bustos.

El Sol, el egregio Sol, padre de la vida, era un imponderable proxeneta. Eros divino, podría estarle reconociendo, ciertamente.

Cuando la temperatura llegaba al rojo guindilla, el padrecito mar acogía en su seno a ondinas y a tritones, y la excitación se derivaba, transformándose en chapuzones, en braceos, en gritos y en risas; en temerarios alardes natatorios, bogando todos en tropel adentro, adentro, hasta pasar las boyas, buceando para pellizcar unas piernas, zambulléndose para enlazar un talle, persiguiéndose para estrechar un cuerpo, explicando prácticamente recónditos secretos del arte de nadar, para sobar un busto, para acariciar un rostro, para rozar unos labios... y—; Por vida de Helios, otra vez!—para sentirse arder de nuevo en fuegos adorables, rebeldes a las húmedas barbas del mismísimo Neptuno.

Chicos y chicas lo pasaban muy bien; caramba!

Aquella libertad, aquella encantadora promiscuidad, más que tolerada, autorizada ya por fueros de las nuevas costumbres,—;escándalo, abominación, comidilla de todas las viejas y de todas las feas del pueblo!—era imponderable...

Sí, sí. El veraneo en Mardarenas, resultaba delicioso.

¡Oh, y faltaba lo mejor aún!

Los cotidianos paseos a la Punta,

al promontorio de Mardarenas, puñal de agudas rocas que se hunde en el seno inquieto de los mares, como el espolón de un navío gigantesco en el que una tripulación de titanes transportase su cargamento de montañas; a los apartados cantiles perforados por los embates de las aguas, llenos de recovecos misteriosos, rodeados de arenales cálidos y de cañaverales frescos, encanto de la gente moza, lugares propicios para correrías y escondites, para infantiles juegos bulliciosos, y para ocultas pláticas serenas... ; Para todo, Señor; para todo! ; Lo que se dice para todo!...

Patriarca había en el pueblo, que aseguraba haber sido los arenales de la Punta, áurea mesa cobijada por el estrellado palio de los cielos, sobre la cual había escrito él casi todas las cartas dirigidas a París en demanda de su numerosa prole...

Todas las tardes del estío, caía sobre el codiciado paraje la nube de la juventud veraneante seguida de la pollería indígena. Los dorados arenales y las parduzcas rocas, salpicábanse de las inquietas manchas de color vivas, chillonas, jarifas, de los vaporosos vestidos de las chiquillas, de sus largos y flotantes alfaremes—*echarpes*, si preferís este nombre bárbaro al clásico nombre del almaizar morisco—de las obscuras americanas y de los blancos pantalones de los mozos; de los abigarrados trajecitos infantiles... Con la lluvia de colorines que incendiaban el arenal, coincidía la sonora granizada de risas y de gritos de los juveniles pechos, siempre abiertos al bullicioso gorjear de la vida; las carreras de las piernas firmes, preludios de gratos revolcones sobre la blanda arena; las canciones de la tonadilla de moda, entonada por aquellas muchachas que, *in mente*, se veían ya entronizadas en un escenario, coronadas reinas del *couplet*; las cachetinas propinadas a un atrevido cazador furtivo, por su postrera osadía,

punible. por descubierta; dulce encanto para cualquier mujer: tundir a un hombre, convirtiendo en puñadas lo que anhelaba que fuesen besos!... los corrillos en que se fraguó una conspiración, o se trama una burla, o se diseña un caso, o, sencillamente, se juega a prendas... y, por último, y en desbandada final, el socorrido escóndite, persiguiéndose, retozando, mientras los fugitivos se ocultaban en las quebraduras de las rocas o en las frondas del cañaveral, con no leve detrimento de la indumentaria y de alguna que otra prenda de mayor precio.

La nota de sensatez dábanla las mamás, alejaditas de la orilla por miedo al reuma pícaro, acuciado por la humedad traidora... Como las niñas estaban todas juntas, las madres podían respirar tranquilas; que allí, no habrían de hacer nada malo.

—¡Pobres criaturas, tan cándidas, tan inocentes!... ¡Que se diviertan; que respiren, que gocen, ya que con ello no hacen mal a nadie!... Unas se guardan a otras... ¡Dejemos para en casa la severidad!...

Estirábase la tarde cuanto era posible; más, cuanto más avanzaba la estación, tratando de contrarrestar el acortamiento natural del día, abrasado en tórridos calores caniculares; y de noche ya, la caravana regresaba al pueblo en busca de la cena y para cambiarse de ropa, los pollos sobre todo, a quienes quizás con el sudor, se les ponían imposibles los nítidos pantalones, llenos de parchazos que tenían que velarse, pudorosos, con la gorra o con el pañuelo, llevados en la mano, como al descuido.

Las mamás invariablemente comentaban uno de estos tres importantísimos temas: lo mal que estaba el servicio; lo caro que estaba todo; y lo mucho que "se conocían ya las tardes"... Y, en torno a este bajete, se desarrollaba la línea melódica de las risotadas y de la gárrula parle-

ría de las muchachas, alegrando la callada serenidad del crepúsculo... Arturo, brillante, vigilaba los bueyes de sus carros, escamado de lo que pasaba por la tierra; y el cielo cruzaba su cóncavo vientre con la banda luminosa de la simbólica vía láctea, revistiéndose de majestad. Cielos y tierra estaban—como dicen los chulos—que echaban... chispas, aunque no fuese chispas, precisamente, lo que echaban la tierra ni los cielos...

En estas vesperales expansiones, los novios formaban rancho aparte. Fácilmente habíase llegado a un convenio: los novios eran sagrados. Respectábelos como a dioses contempladores de su propia divinidad. Las parejitas, aisladas, tendíanse en la arena caldeada por los besos de todo un día de sol. Tumbábanse juntitos los amantes, cara con cara, enlazadas las manos... A veces, el brazo de él servía de blanda almohada a la cabecita de ella... Se aproximaban los rostros, se cruzaban los alientos; los ojos, velados por los nublitos de la voluptuosidad, se devoraban mutuamente... Una mano inquieta rebuscaba turgencias recónditas; una rodilla tropezaba punzadora, con un muslo carnoso; el escalofrío del deseo culebreaba flagelador, hielo y fuego, en ramalazos angustiosos, por pechos y espaldas, haciendo vibrar la médula... Aquello era un infierno que servía de antesala a un paraíso.

Y... ¡los novios eran sagrados!... Ante la amartelada pareja no osaba pasar nadie. ¡Nadie!

—¡No, no!... ¡Por ahí no!—se oía con frecuencia— Por ahí no;... ¡que hay novios!... "¡Taboú!"

¡Los novios eran sagrados; y, el undécimo, es no estorbar!

Y ellos, los flechados por Cupido, lejos del mundo, absortos, quedábanse a veces, olvidados de los demás, engolfados en las dulzuras de su Edén, hasta que resuelta la crisis de aquella catalepsia extraña, tornaban a la rea-

lidad, alzábanse, y apresuraban el paso para alcanzar a su tribu.

Las noches de luna—y aún las de media luna—después de cenar, se repetía—más en familia—la encantadora excursión. (¿Adónde ir, si no había diversión alguna en aquel pueblo?) Y, entonces el cielo,—como en el horizonte lejano — descendía a la tierra; y todos disfrutaban un ratito del paraíso.

Fué así como Nuria Palet conquistó a Eduardito Cárdenas; y por esto fué por lo que Eduardito prometió solemnemente a Nuria, casarse con ella.

El varón sintióse caballero.

Nuria, María de Nuria, era una chiquilla capaz de hacerle perder el compás a un metrónomo.

Corría por sus venas la sangre ardiente de su madre, más que por sus vasos la linfa blanda de su mamáta: una criolla de hielo, como cráter de un volcán ya apagado, olvidado de los torrentes de fuego que algún día brotaron de sus entrañas. Viuda era la dama de un viejo curtidor hijo de Mardarenas, que en Cuba se enriqueció traficando con inmundicias. Lo primero que el tenerero, rico ya, hizo al regresar con su mujer y con su hija a España, fué convertir en *chalet*, con honores de palacio, el barracón de su casa paterna; después, jugar a la bolsa; llenarse de millones luego; arruinarse más tarde, repentinamente, en una jugada sola, y, por último, y también de una sola vez, morir.

No pudo en menos tiempo deshacer la paciente labor de escarabajo pelotero de toda su vida.

Su viuda quedó en buena posición... porque se pasaba la existencia tendida en una perezosa o balanceándose en una hamaca; pero fuera de esto, apenas si pudo salvar de la catástrofe más que el *chalet* famoso y unos

cuantos—no muchos—miles de pesos; los suficientes para ir tirando. De humos y de tierras en la Habana, no habíamos. ¡Un Potosí!

Nuria, desde chiquilla, fué un demonio. Un demonio tentador. Hermosa siempre, inclinada por inconsciente impulso a la sensualidad, hasta en espíritu presentía, niña aún, los tesoros de placer que la vida guarda en el cofrecillo de cedro y de oro del amor. Era osada, incitante, impulsiva. Saltó rápidamente de la niñez a la adolescencia, y de ésta, en un armónico estallido, a la pubertad; y el apretado capullo, pletórico ya de colores y de perfumes, se abrió al alborar del día grande, convirtiéndose en esmaltada rosa, fragante y lozana, encanto de los ojos y espolique acuciador de los sentidos.

Era María de Nuria una morenita que cortaba la respiración. Sus grandes ojos negros, brillantes, soñadores—soñadores eternos de voluptuosidades infinitas—fascinaban, dominaban, vencían. Sus rojos labios grosezuélos y húmedos, fuego sobre la nieve de sus dientes, eran una perenne invitación al beso apasionado y loco. Su cuerpo menudo, torneado, macizo, no exento de esbeltez, enloquecía con las felinas flexibilidades de su tallo y con la blandura tropical de sus movimientos, de indescriptible laxitud. Tenía negro, ondulado y abundante el cabello; breve el pie; mínimas las manos, gordezuelas y blancas, como capullos de magnolia; y las tórtolas de su seno, erguido y firme, arrullaban con sus erectos piquitos de coral fresado, un perpetuo cántico de amor.

María de Nuria, la Estupenda, era una mujer peligrosa, a quien se podría matar y por quien se podría morir.

En un país de hombres, hubiera sido una catástrofe. En Mardarenas no era nada; porque, para los pobres, Nuria era demasiado rica, y para los ricos, Nuria era demasiado pobre. Esta era la única piedra de toque del

amor pueblerino. No había un macho que por poseer a aquella mujer se arriesgase a arrojarle de cabeza al abismo de sus brazos, pagando con toda una vida estúpida un divino instante de amor.

Eduardito Cárdenas, cubanito también, era un pobre muchacho soltero, libre y rico, sin más cualidad plausible que la de desvivirse por las faldas. No servía para nada, el hombre, más que para derretirse por las mujeres. Cayó en Mardarenas envuelto en los folios de un testamento, y mientras desligaba la hacienda heredada en el pueblo, de las redes de la curia, hallóse preso él en las de amor de Nuria, la Todopoderosa, quien lo fascinó, lo absorbió, lo encalabrino... y ella y él, en el momento culmen de una luminosa noche de estío, enloquecidos, perturbados, sorbidos por la vorágine del instinto genésico, rodaron sobre los dorados arenales de la Punta, y, como el viejo patriarca, escribieron a París.

Menos mal que Lutecia la Estéril, no se dignó contestar a aquella carta; pero la suerte estaba echada y pasado el Rubicón. Eduardito, radiante de felicidad, pidió y obtuvo la mano de Nuria; y como la boda era ya cuestión de días, los novios disfrutaban de una encantadora franquicia postal, si por alguien sospechada, por nadie conocida.

Guardábanse las formas.

El universo entero era chico para albergar la dicha de "*I promesi sposi*".

II

Era bonito aquello.

En los cantiles de la Punta, parpadeó una lucecita, guiño pícaro de uno de los infinitos ojos de la noche.

Y allá, en la lejanía de las dormidas

aguas, hendiendo la fosquedad de las tinieblas, otra luciérnaga respondió rápida con el pestañear de su linterna, a las coqueterías del promontorio.

Era bonito aquello.

La tierra y el mar hacíanse el amor, adiestrados, quizás, por el ejemplo de los hombres; *flirteaban*, se entendían.

Acaso, acaso, prestábanse ya a vivir el pasmo amoroso que comienza con la desmayada caricia diáfana, cristalina, sesgada, rumorosa, de la ola breve a la dorada arena, bajo la calma augusta de los cielos serenos... que se transforma en beso reidor y loco, a cuyo chasquido brotan las primeras espumas — mosto bullidor engendrador de claro vino—como una fermentación del placer... Y que llega, a poco, al paroxismo de la posesión, en el abrazo rugiente, enardecido, violento, en el que el mordisco sustituye al beso y la zarpada a la caricia; posesión fieramente bestial, con bestialidad de monstruo antediluviano, barruntos de ayuntamiento, escarceos eróticos de los gigantescos saurios prehistóricos, que con un coleteo de su cauda conmovían el piélago profundo, que barrían las nubes con los vahidos de su aliento, que apagaban el sol con los resoplidos de sus fauces...

Entonces el mar, sacudiendo sus crines, que el viento despeina, se enfierece enardecido, se encalabrina como potro rijoso e indómito, se hincha, hierve, ruge, y se precipita apocalíptico de fragores, sobre el duro cantil y sobre la blanda arena de la costa, que se le ofrece, rendida ya, tendida en su dorado lecho, incitante, pasiva, abandonada... Y en la acometida postrera, para la consumación del acto supremo, al desplomarse el coloso sobre la orilla, con su ola cóncava, devorante, mordedora, lanzando alaridos de placer, aguas y tierras cobijau bajo el blanco velo nupcial de sus espumas, las convulsiones, los estremecimientos, el espasmo de su unión can-

tando el epitalamio de sus desposorios, poseyéndose tan completamente, tan absolutamente, que la ola es arena, líquida llanura la playa y mar y tierra son uno y otro y los dos a un tiempo mismo, en el dilatado tornillo sin fin que gira fragoroso en la rompiente...

¡Vaya si era bonito aquello!

—¡Zaaaas!... ¡Zis, zis!...

Un destello largo, que arrastra, como el cometa la opulencia de su cola, dos cortos centelleos.

Es la tierra, que habla.

—¡Zis, zis!... ¡Zaaaas!...

Ahora son dos centelleos cortos, que se atropellan, galopando delante de un destello largo.

Es el mar, que responde...

La tierra invita... desafía... punza...

El mar acepta el amoroso reto...

En las selvas índicas la tigresa en celada, roncando sordamente, mirará así al tigre enardecido, invitándolo al supremo festín de sus nupcias bajo el tálamo infinito de los cielos constelados de antorchas encendidas por Himeño inmortal.

—¡Zaaaas!...—exclama aún la costa, desfalleciendo en una larga mirada henchida de promesas. — ¡Ven, pues!... Rendida estoy... ¿A qué aguardas?...

—¡Zis! ¡Zis! ¡Zis!... —replica el mar, parpadeando rápido.— ¡Que sí, que sí, que sí, mujer; allá voy!... ¡Recíbeme!

—¡Zis?...

—¡Zis, zis!...

Como un luminoso gorjear de golondrinas.

Y el mar vierte una vez más sus opulencias sobre la playa; y uno y otro se poseen protegidos por el manto sombrío de la noche; juntan sus bocas, enlazan sus brazos, unen sus cuerpos, se estrechan, se oprimen, se estremecen... y ahitos, se abandonan y se separan.

Con los repetidos combates amorosos, las rocas se disgregan, se tritu-

ran, se desmenuzan; la arena se convierte en polvo impalpable engendrador de errantes dunas, peregrinas a merced del viento... Las montañas, vaciándose en las torrenteras, se entregan a los ríos y se sumergen en el mar, padre de la tierra, Saturno insaciable, devorador constante de su hija... Y llegará el día en que, nuevamente, el mar, gorgoroteando, envuelva a la tierra convertida en un núcleo de fango preñado de vida. Dios entonces, volverá a separar los elementos, y tornará a plasmar con nuevos limos, un nuevo hombre, padre de una humanidad nueva... Y Eva, surgirá otra vez de la costilla de Adán, mostrándose ante él con la sonrisa en los labios, el deseo en los ojos, y la poma de seducción en la divina mano dominadora...

Hemos soñado un poco; porque todo aquello de las lucecitas brujas, todo aquello, que era tan bonito..., sin dejar de serlo, para nada se relacionaba con los luminosos preludios de un combate de amor.

Aquello...—¡descendamos de Eros a Mercurio! — era una sencilla maniobra de Su Majestad el Contrabando.

Y aquella noche se realizó el alijo.

Argelia, Virginia, Cuba quizás, acaso Hamburgo el protéico, tal vez Andorra, la minúscula, ofrecieron a España la hoja maga que encierra en su seno el paraíso azul. Tabaco.

Al clarear el día, por las huellas dejadas en la playa, podría descubrirse que el alijo fué... Borrárase aprisa el rastro delator, antes de que ojos indiscretos, avizores por mal tapados, propalen la fechoria, que si para unos es pan, puede ser palo para otros.

Y nada.

No ha pasado nada.

Lo del supuesto alijo ha sido un sueño.

Por la tarde, un telegrama oficial con solo un día de retraso, pondrá en conmoción a medio mundo, con sus advertencias:

—“Amenazadas esas costas por fachucho *Estrella Matutina*. Redóblese vigilancia.”

Al día siguiente no se hablaba en Mardarenas de otra cosa. Todos estaban en el ajo, como si realmente entre todos hubiesen matado al Meco.

Porque en aquel pueblo, en aquel entonces, fumaban de contrabando hasta los accionistas de la Arrendataria, hartos, como estaban, de pagar inmundicias, que se hacía pasar por tabaco.

Como un alijo decomisado resultaba una bicoca, y uno realizado, era un tesoro, el contrabando se enseñoreaba del pueblo; y públicamente, descaradamente, contrabandeaba todo el mundo, vendiéndose tabaco en todas partes y a todas horas, incluso en el estanco, donde algún alma cándida se dejaba caer, para dejarse estafar, con todas las reglas del arte.

Corría el dinero con procacidad escandalosa, se fumaba bien y barato, y todos iban a gusto en el machito, hispiéndose y redondeándose.

Y las autoridades buenas, gracias; alegrándose una barbaridad de verlos a todos tan buenos.

Una mañana, Mardarenas se vió sorprendida por un espectáculo extraordinario.

No había abierto las fauces igníferas de su cráter un volcán, en los cantiles de la Punta; no había temblado la tierra, grietándose conmovida por las convulsiones del terremoto; no había salido el sol por occidente; ni siquiera había sido encarce-

lado algún carnicero rapaz, ni en las arcas comunales había sido hallada una peseta..., pero algo tan estupendo como todo esto junto, se ofreció a los pasmados ojos de los mardarenenses: a la hora del baño, en la soledad de los mares, se dibujó un leve penacho de humo; colgando de él, como el cestillo pende del globo, apareció un vapor; ¡no menos que un barco de guerra, caramba!... Y, ¡requetecaramba!, que no pasó de largo, sino que, acercándose, acercándose, se coló en la bahía y ¡gluff...! ¡anció frente al pueblo!

Tratábase del *Delfin*, un lindo cañonero, perseguidor del contrabando.

Se revolucionó la población. En poco estuvo que no fueran echadas a vuelo las campanas. Subieron los comestibles.

Los bañistas miraban al navío fantasma como si de una aparición sobrenatural se tratase. Se intentó llegar hasta él, en las barcas pesqueras, tumbadas panza al sol, en la playa, descansando de toda una noche de estériles trabajos; los más osados, trataban ya de acercarse al buque, realizando un heroico esfuerzo natatorio... y en esto, del cañonero gentil se destacó un bote que puso proa a tierra aproximándose a ella a los acompasados golpes de sus remos.

Sirenas y tritones en loco tropel bullicioso, avanzaron nadando al encuentro de la blanca barquilla... Acercábanse ya... Un joven marino la ocupaba... Remaban dos forzudos marineros...

En cuanto salvó el bote las peligrosas rompientes de “Las Perlas”—sirtes pedregosas, arrecifes rocosos que forman una cadena de escollos, sobre los que, hirvientes, espumáramean las aguas—la turba de nadadores rodeó la embarcación.

Los más decididos—la egregia Nuria, la primera—asiéronse a las bordas. El marino, joven y guapo, con tipo bereber y aires de sultán, con-

templó gozoso y sonriente el asalto y con admiración la aparición de la sirena hermosa.

—Caballero oficial: ¡Bien venido! —dijéronle.—Perdone usted que nos presentemos en esta forma; pero hemos querido venir a saludar a usted en su propio elemento.

—Bien hallados, señores —respondió Neptuno.—Es para mí una honra y una satisfacción, tan gentil acogida.

Roto ya el hielo, y la presentación hecha, preguntaron todos:

—¿Se quedarán ustedes hoy, aquí?

—¿Pasarán aquí la noche?

—¿Saltará la oficialidad a tierra?

—¿Dejarán visitar el barco?

El marino, cortés y caballeroso, contestaba a todos con la mayor finura...

Nuria clavaba sus ojos en él, fascinadora, hechicera; y él, a su vez, no apartaba los suyos de la ondina.

—Señorita: nada usted como una sirena—dijole el guapo mozo.

—¡Eh, eh, cuidado, señor Almirante!—gritó un delfín.—¡Casi señora ya!... Permítame usted que le presente a la señorita María de Nuria Palet, muy en breve, señora de Cárdenas... ¡Hay moros en la costa!...

—Pues yo, señores, siguiendo las reglas de esta nueva etiqueta, tengo el honor de presentarme a ustedes: Alvaro Fonseca de Alborno, oficial del *Delfín*... y completamente solterísimo... ¡Siento haber llegado tarde, encantadora señora-señorita!...

—Soltera, casada y viuda—aclaró una de las náyades—porque hoy no está aquí su futuro.

—Es una desventura... para él. Yo no me separaría jamás de una criatura tan adorable

—¡Lo flechaste, Nuria!... ¡Causas estragos!... ¡Déjanos algo para nosotros!...

Estalló un coro de risas. Nuria se limitó a preguntar con un delicioso mohín picaresco:

—¿Jamás?...

—¡Jamás!—contestó Fonseca, rotundo.

La pérfida sirena lo envolvió en una mirada que era un incendio, y lanzando una carcajada soltó la borda y se alejó nadando vigorosamente, mientras decía:

—¡Pues sígame usted, señor oficial!...

—¡Nuria!... ¡Nuria!... —gritábanle sus compañeros.—¡Espera!... ¡No seas loca!... ¡Nuria!... ¡Nuria!...

Nuria se adelantó al bote, y cuando éste, con sus tripulantes y su séquito de bañistas, atracó a la orilla, ya estaba allí la gentil sirena, envuelta en un amplio albornoz, arrebujaada en él, tan al descuido, que por entre sus pliegues, violentando la abertura del bañador, mal abrochado, asomaba arrogante uno de los divinos senos de la ondina, en el que centelleaba como un rubí de Ceylán el encendido grumo de una fresa de fuego.

Fonseca tuvo que tragar saliva, pues la boca se le hacía agua...

Las ardientes miradas del marino denunciaron a Nuria el indiscreto descuido de su pergenio; reparólo rápida, sonriente, como comentario benévolo con que se subraya una picardihuela infantil, y preguntó a Fonseca:

—¿Se irán ustedes hoy?

—No lo sé, señorita—contestó el marino.—He saltado a tierra para conferenciar con el alcalde y para cursar unos telegramas... Por ahora, no sé nada más que esto.

—No se vayan ustedes—ordenó la augusta.—No se vaya usted.—Si se quedan ustedes esta noche, les ofreceremos un baile en el casino... y yo le concederé a usted el primer vals.

—¡Sí! ¡Sí!—exclamó el coro.—No se vayan ustedes y organizaremos un gran baile...

—Fso, señorita —respondió el oficial dirigiéndose a Nuria,—sería para mí el colmo de la felicidad... Pero yo, desgraciadamente, no mando...

—¿Ni en usted?—punzó la muchacha, terriblemente agresiva.

—¡Ni en mí!—confesó el marino, abrumado.

—¡Vale usted muy poco, hijo mío!...—sonrió la ondina. Y lanzando fuego por los ojos, divinos, infernales fuegos de rebeldía y de libertad, declaró:—¡En mí no manda nadie!

Lanzó una carcajada burlona, y añadió:

—Yo que usted, para verme así “a lo mejor de mi edad” presentaba mi dimisión ahora mismo... ¡y me retiraba a un convento!... ¡Ay, perdone usted mis locuras!—rectificó, tratando de suavizar el saetazo.—Son chiquilladas mías de las que no hay que hacer caso... Ya intercederemos por usted. Intercederemos por ustedes... ¿Verdad, amigos míos, que intercederemos por estos... “pobres muchachos?”... Iremos a ver al comandante, le rogaremos, le suplicaremos... se lo pediré yo, caballero oficial, y accederá y tendremos baile. Ya que él es quien manda, a ver si por una vez obedece... ¿Aprobado?...

—¡Por aclamación!—gritaron todos.

—Pues, a vestirse, y al Casino en seguida. ¡Sección permanente, hasta que se arregle este conflicto de... desorden público!

—¡Viva Nuria!

—¡Viva!

—¡Gracias, amado pueblo!... Adiós, señor de Fonseca. Confíe usted en mí... “Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere”... y hoy me ha dado a mí por querer que esta noche pase usted un mal rato...

—Nuria... Es usted adorable...—dijole Fonseca.

—¡Jesús!... Yo creí que iba usted a decir “temible”. ¡Tantos me lo han dicho ya, que casi, casi, he llegado a creérmelo!... ¿Será usted uno de tantos?

—Yo no lo sé; creo que no...

Y bajando la voz, oprimiendo la mano de la hermosa, y devorándola con los ojos, añadió apretando los dientes, que rechinaron por el violento esfuerzo:

—Lo que veo es que es usted una mujer peligrosa... Una sirena tentadora, que fascina con su cántico...

—¿Sirena?... ¿Pero aún cree usted en las sirenas?

—Hoy me ha salido al paso una... La más encantadora que cuajaron las aguas de los mares...

—¡Ay del nauta que escucha su canto! ¡Le va la vida en ello!... ¿No tiene usted miedo de mí?... ¡Sería gracioso!

—No, miedo, no... Tengo hambre de usted... Miedo, ninguno.

—Hace usted bien. Ya verá usted cómo la sirena peligrosa, es sólo una mujer. ¡Una mujer!

—Y yo demostraré a usted, si llega el caso, que el nauta osado es un hombre... ¡Todo un hombre!

—¡Me desafía usted?

—No. Acepto el reto... Recojo el guante...

—Pues ¡hasta luego, señor oficial!

—¡Hasta siempre, señorita!

—Siempre es nunca. ¡Hasta luego!

III

El comandante del cañonero, un viejo hidalgo, caballero y cortés, no pudo negarse a la solicitud de la comisión que pasó a bordo, a saludarlo y a suplicarle en nombre de la juventud mardarinense y de su colonia veraniega, la merced de unas horas, para ofrecer un baile a la oficialidad del *Delfín*, y una copa de Champaña a su dignísimo jefe. Con ello, Mardarenas se vestiría de gala y los corazones repicarían a gloria.

El comandante accedió. Un poquín a regañadientes, y sólo en parte, pero accedió. El, con los oficiales libres de servicio, pasarían a devolver la visita a los galantes pollos y a ponerse a los pies de las hermosas damas; se honraría aceptando una copa de Champaña, y permitiría al retirarse él para regresar a bordo, que los señores oficiales permaneciesen en tierra hasta la hora de zarpar. Las cuatro de la madrugada.

Casi, casi, llovió a gusto de todos.

El casino de los señores echó la casa por la ventana.

Como por arte de encantamiento, se adornó el salón de actos, quedando en breves horas convertido en fantástica sala de baile. Colgaduras, luces, flores, palmeras... Cajas de Champaña, bandejas de dulces, botellas de licores, ramilletes para las muchachas, tabacos para los hombres... todo surgió por escotillón. A primeras horas de la noche, llegó la banda municipal de la ciudad vecina, alborotando la población con sus estrepitosos pasacalles. Y mientras en la plaza pública obsequiaba al Ayuntamiento con un concierto de desafinaciones, terminado—era tradicional—con una rabiosa jota que coreaba, rugiendo, el populacho, las muchachas, atareadas y nerviosas, daban guerra a la aguja, arreglando sus trapitos del fondo del baúl.

Aquel día, la anarquía más espantosa se enseñoreó de los hogares; ni trabajo a tiempo, ni comida en sazón... Todo se lo merecía el santo... ¿Cuándo se había visto cosa igual en Mardarenas?... Y, sobre todo, ¿cuándo, en Mardarenas, volvería a verse cosa tal!...

El salón del casino era una ascua de oro; un jardín encantado; algo escapado de un cuento de las Mil y Una Noches. ¡Cuánta luz, cuánta flor, cuánto adorno!... ¡Las chiquillas estaban monisimas con sus trajes claros, vaporosos, aéreos; con sus caritas arreboladas por la sofocación de

las últimas prisas; con sus cabecitas artísticamente peinadas, adornadas con cintas, con plumas y con broches centelleantes; los abanicos se agitaban sin cesar, como enormes mariposas policromas, y su aleteo mentía el callado aplauso de una silenciosa ovación. Saludos, parabienes, felicitaciones, risas, charla, ¡ilusiones!... ¡Oh, las dulces horas inolvidables, del inolvidable baile aquel!

Los pollos vestían casi todos de negro; mañaneros chaqués, democráticas americanas, a algún tímido *smoking*, avergonzado como gallo sin cola, un par de fraques petulantes, tal cual estirada—no muy bien estirada—levita... De todo había en la viña del Señor. ¡Hasta un uniforme! El del teniente de escopeteros, que, como un pintarrajeado pajarraco exótico, revoloteaba por el salón.

Nuria... Nuria estaba aquella noche como para ser puesta en el *Indice*. Era la mismísima tentación hecha carne de pecado.

Se presentó en el baile la diablesa vestida de rojo. Una llama viva. Su traje, sencillo y elegante, era de vaporoso tul color de fuego, ceñido a la cintura por una faja negra. Rasgábase el descote, por pecho y espalda, osadamente, en dos agudas flechas que desde los hombros llegaban hasta el talle. Por los sangrientos tajos se asomaban, trigüeñas, perfumadas, macizas, las carnes tentadoras. Un hilo de perlas rodeaba su cuello ungiéndolo de candidez.—Sobre la noche de sus cabellos, flameaba como una llamarada, el airón de una pluma finísima, ingrátida, de rojos filamentos, sujeta al peinado por un joyel de diamantes... Dos brasas sus labios. Sus ojos dos carbunclos. Ardía toda ella, como un incendio de sensualidad.

Por el salón corrió, como la onda por la superficie del lago, un envidioso rumor tremante:

—Es uno de los trajes de boda. Creo que tiene cinco...

—El collar dicen que es de su madre.

—Y que es falso.

—Ni falso, ni de su mamá. El collar y el broche son también regalos del novio. Son joyas de la vieja Cárdenas...

—Los guantes le llegan casi al hombro; pero no estaría de más que le llegasen al cuello. ¡Si viene desnuda esa mujer!

—¡Y qué retégupísima que está la condenada!

—Pues yo, la verdad; no creí que viniera no estando Eduardito hoy aquí.

—¡Se irá haciendo, el hombre! ¡Tanto le espera de esto!

—Únicamente un idiota como él es capaz de cargar con una mujer así. ¡A cualquier hora le doy yo una hija mía!

—Esa, ya lo verán ustedes. ¡Lo va a pasear embolado por Mardarenas!

—¡Ca, hija! Se casan el lunes; y los primeros cuartos de la luna de miel, los pasarán a bordo "con rumbo hacia allá."

—¿Qué, se van?...

A *Cubita libe*, que es tierra caliente...

—¡Al polo va esa endemoniada, y lo hace hervir!

—¡Qué mujeres, Señor!

—¡Qué hombres, señora!

Y entre el guirigay de estas charlas, desahogos de la envidia y del despecho, el coro de hombres zumbaba en una sola nota gutural, enardecida, lasciva, repitiendo:

—¡Qué mujer!... ¡Qué mujer!... ¡Qué mujer!...

IV

Cuando el comandante del *Delfin* apareció en el salón seguido de los oficiales y rodeado de la directiva del

Casino, su presencia fué saludada con una ensordecedora salva de aplausos. Inclináronse, galantes, los marinos, y comenzaron las presentaciones.

El presidente de la Sociedad, se derretía en puras mieles, a fuerza de azucararse. Lamedor era el hombre.

Cuando le llegó el turno al teniente de escopeteros, un infeliz cucharero que llegó al pueblo recién ascendido... y muertecito de hambre, campechanamente tendió su mano a los marinos; éstos, incluso el comandante, le alargaron la suya; pero Fonseca, rígido como un inglés de opereta, se limitó a saludar militarmente, dejando al teniente con su diestra extendida, como si quisiera convencerse de si llovía o no dentro de la sala. Corrióse un poco el hombre, en quien pesaba aún mucho el hábito de la subordinación; mas en presencia de sus galones, reaccionó, y dándose por ofendido, pretendió llevar la cosa a mayores y pedir una explicación al finchado oficialillo... Disuadiéronle los amigos, en pro de la tranquilidad de todos, y en evitación de una nota discordante, y cedió el teniente, aunque la procesión le andaba por dentro; porque, aquello, la verdad, señores, "había sido una bofetada sin mano".

—Pues sin mano, no hay bofetada, amigo. Olvídese todo, y luego, en el *buffet*, se harán las paces. ¡Ea, a bailar se ha dicho!

—¡Como no baile San Vito!—contestó rudamente el cucharero.—¡Soy yo muy poca cosa para alternar con esos señores almirantes; y muy hombre para que me tomen el pelo esos pisaverdes!... ¡Lo que me sobra a mí es dónde pasar la noche!

Y desertó el local, echando pestes y venablos.

¡Cómo se rió Fonseca cuando amigos del escopetero le refirieron el lance!...

—¡Pobre hombre! —le dijeron.— ¡Se ha ido tan ofendido con usted,

porque no quiso usted darle la mano!...

—Lo siento; créanme ustedes, que lo siento; pero ha sido un movimiento... instintivo, no lo he podido remediar... Me ha oído a rancho... y a tabaco... No creo que en esto haya habido ofensa alguna para ese caballero... Si lo desea, le daré esta misma explicación...

—¡No, por Dios!... ¡Peor es menearlo!...

—¡Ea, señores!... A bailar, que ya está el primer vals desperezándose. Comienza el prelude. ¡Digo!... ¡Nada menos que el Vals de las olas!... ¡Esto es otra alusión personal, amigo mío! Va usted a verse obligado a desafiarse a los músicos...

“Olas, que al llegar...”

¡Si esto se baila solo!

—Esto se baila con la mujer más hermosa del orbe. Fíjense ustedes—terminó Fonseca.

Y en medio de la espectación de todo el mundo, se dirigió a Nuria, en gentilísima reverencia, llena de elegancia y de distinción.

La diablesa, respondió con una enigmática sonrisa, y se apoyó en el brazo del marino.

Y el torbellino de las olas, los arrebató en raudos giros, y los lanzó, enlazados, a los dominios de Terpsícore.

Que aquella noche eran también ¡la mar!...

Aprovechando las rápidas vueltas del baile y la aglomeración de las alocadas parejas que danzaban como peones, Nuria, gachona, felina, se abandonaba con estudiada laxitud en brazos de Fonseca; reaccionaba súbitamente, asiéndose a él en los violentos giros, se erguía, y nuevamente entregábase rendida y desmayada. Cruzábanse los alientos enardecidos por el baile y por el deseo, que llamaba en sus corazones y se inflamaba en sus entrañas... Callaban los la-

bios, resecos, y hablaban los ojos, nublados por los ramalazos de la pasión.

Comprendió Fonseca el infernal dominio que sobre él ejercía aquella mujer, que jugaba con él, que gozaba excitándolo, martirizándolo, enloqueciéndolo, allí, sobre seguro, donde ella nada tenía que temer y donde él tenía todos los respetos que guardar. Zarandeábalo la diablesa impunemente como a león enjaulado, inocuo, a pesar de sus zarpadas y de sus rugidos... Y lo irritaba y lo enfurecía, azuzándolo con la pértiga que se introduce por entre los barrotes de la reja, gozándose con sus bufidos y saltos. Podía con él; se reía de él. Con toda su sabiduría de iniciada, y con el cebo irresistible de sus hechizos, mostrábase inerte, propicia, ante la rebelde jauría de lebreles famélicos que mordían en la carne de Fonseca, y los encalabrínaba, y los desencadenaba, y los lanzaba furiosos contra el indefenso marino. Era cruel aquello...

En un violento espasmo, irresistible, Fonseca de Albornoz estrechó contra su pecho, con toda la fuerza de sus recios brazos, el cuerpo endemoniadamente divino de Nuria. Crujieron sus huesos... En el paraíso de aquel abrazo, que podía bordear las fronteras de la muerte, el marino sintió que todo el cuerpo adorable de aquella mujer se le entraba en las entrañas... No debía llevar corsé, la diablesa... Su talle, su vientre, su seno, temblaban de voluptuosidad, blandos, flexibles, ondulantes, entre las manos y sobre el pecho de Fonseca... ¡Oh! cómo recordó él, entonces, sus propias palabras de vidente!—“¡Nuria: es usted una mujer peligrosa!” Y la desafiadora evasiva de ella: — “¡Ya verá usted cómo soy solamente una mujer!”... ¡Una mujer!... ¡Sólo una mujer!... ¡Acaso no bastaba con esto para rendir a todo un ejército de hombres?...

Al terminar el vals, los bailarines, siguiendo la costumbre del pueblo,

aplaudieron solicitando la repetición. Quedáronse las parejas, a la expectativa, de pie, en medio de la sala, abanicándose, aprovechando el compás de espera, grata oleada de respiro.

Nuria, al reanudarse el baile, entregóse de nuevo a Fonseca, y con tranquilidad sin igual, inició la conversación, como si hablase del tiempo.

—Ya ha visto usted que he cumplido mi palabra—dijo.

—No lo dudé jamás, ni lo olvidaré nunca—respondió Alborno. —Quien una vez en la vida ha tenido el placer de bailar con usted, no puede olvidarlo...

—¡Ah!... ¿Se refiere usted al vals que le he concedido?

—Justamente; al vals con que usted me honra...

—¡Es usted colosal! ¡Eso no merece la pena!...

—Pues, ¿a qué se refiere usted, entonces?

—A que me he salido con la mía; a que no se han ido ustedes; a que se ha quedado usted... y a que logré lo que me propuse: hacerle pasar a usted esta noche un mal rato... ¿No se acuerda usted ya?

—Sí, lo recuerdo perfectamente; pero le ha resultado a usted fallida la última parte.

—¿Cuál?

—La del mal rato.

—¿De veras?... ¿No ha sido un mal rato el que ha pasado usted bailando conmigo todo un vals... que hasta tiene repetición?... ¡Es usted todo un héroe!

—No sé por qué se burla usted de mí, Nuria. ¿Qué ha visto usted en mí, que le ha inducido a proceder de este modo?

—¿Yo?... ¡Nada, absolutamente!... Esto del mal rato, lo he dicho porque me pareció observar esta mañana que usted me tenía miedo: un poco de miedo.

—¿Miedo, yo?

—¡Sí, hijo, sí; miedo!... Puso us-

ted una cara tan rara cuando me dijo: "Nuria... ¡Es usted una mujer peligrosa!..." Nada, que yo creí que, para usted, bailar conmigo era tanto como bailar con el coco... ¡Y figúrese usted si se pasará mal rato, viéndose en poder de aquello que tanto nos asusta!

—Usted, Nuria, juega conmigo como el gato con el ratón... Esto en ustedes es delicioso y perdonable... En usted es cruel, y haciéndolo conmigo, que sólo he tenido tiempo para pasarme de admiración ante el esplendor de su hermosura, es injusto. Debemos hablar... Tenemos, que hablar...

—Hablemos... Espere usted... Se acaba el vals. Le he reservado a usted la primera habanera de la segunda parte... Hablaremos luego... si usted quiere...

—¿No será tarde?

—¿Tarde para qué?

—Tarde para mí... Zarpamos a las cuatro...

—Usted verá... ¡Como yo no tengo prisa para nada!... Acompañeme usted al lado de mi madre; no se quede usted así, hombre de Dios, que parece que le han dado cañazo... ¡Ay, Dios mío, y qué poco valen estos hombres!...

V

Nuria bailó con otros; Fonseca con otras; pero uno y otro se persiguieron con el espíritu y con las miradas durante toda la noche. Continuaba, entre ellos, el interrumpido diálogo; el desafío, aplazado; pero inevitable.

Se abrió el buffet. Los pollos, con el pretexto de obsequiar a las señoras, se hartaron como bárbaros, con ausencia absoluta de toda delicadeza. Nuria y su madre, mordisquearon unos dulces y humedecieron sus la-

bios con un sorbo de Champaña. Fonseca no probó bocado; pero bebió, bebió como una esponja, cual si pretendiese apagar con vino el fuego interior que lo devoraba.

Muy tarde ya—pues se prolongó el intermedio del *gaudeamus*—se reanudó el baile.

El primer vals lo cedió Nuria a uno de los oficiales del *Delfín*. Fonseca, espiritado, excitadísimo, permaneció en un ángulo del salón, sin bailar, esperando que llegase su hora. Y en cuanto la orquesta preludió la habanera de tanda, se dirigió a Nuria, ofreciéndole su brazo.

—Pocos instantes me quedan—dijo el marino a la hermosa,—para admirar la belleza de usted... pocos, a usted para seguir torturándome...

—¿Focos? ¿Por qué pocos?... Yo no me voy aún. Mamá y yo permaneceremos aquí algunas horas.

—De este modo, no podré tener el honor de acompañar a ustedes hasta su casa.

—¿Por qué no? El honor será el nuestro... Un pariente de mi novio nos ha traído aquí y él nos llevará; pero esto no es obstáculo para que nos prive usted de su galante compañía... Se lo presentaré a usted.

—Hablemos en serio, Nuria; hablemos en serio...—dijo Fonseca a la absorbente beldad, mientras estrechaba su talle y oprimía su mano, girando a los acordes de la desmayada danza cubana.—Zarpamos a las cuatro, Nuria, y yo no puedo irme de aquí sin una palabra de usted, sin una esperanza, sin una promesa...

—¿Ave María Purísima!... ¿Pero no sabe usted que me caso? ¿Que me caso el lunes?... ¿Que casi, casi, estoy casada ya?...

—Es que yo la amo a usted, Nuria, es que yo estoy loco por usted; es que yo no podré vivir sin usted...

—Vaya; no sea usted niño... Dentro de dos horas, no se acuerda usted ya ni del santo de mi nombre... La

brisa del mar borrará de su mente todas estas quimeras... También yo tendría mucho gusto en charlar con usted un rato; pero ustedes los marinos, no tienen tiempo para nada... Vea usted, ahora mismo, amarga usted estos instantes diciéndome: “¿Nuria; zarpamos a las cuatro!”

—Así es, en efecto, y por mi desventura... ¡A las cuatro!

—Pero; no comprende usted que esto, es lo mismo que decirme: “Nuria: no te forjes ilusiones; nos vamos a las cuatro; desapareceré, nunca más volverás a verme...” ...¿Cree usted que hay mujer capaz de escuchar a un hombre que habla por horas, como un muñeco mecánico? ¿Por Dios, Fonseca: eso es un chorro de agua fría!... Y yo soy fuego; yo soy brasa ardiente, capaz de evaporar cuanta agua se pretenda arrojar sobre mí, para apagarme... De esto podría usted convencerse por sí mismo, si tuviese usted un poco más de tiempo... Pero Señor: ¿qué voy yo a hacer con un hombre, que se marcha a las cuatro, como un despertador?... Comprenda usted mi situación, señor de Fonseca; ¿no hay tiempo para nada!... El amor está reñido con los relojes. Para el amor no existe el tiempo... ¡Las cuatro! ¿Qué frase tan absurda!... ¿Cuándo son las cuatro?... Las alondras, para Romeo, eran eternamente ruiseñores... Usted, amigo mío, tan recto, tan... sumiso, no confundiría sus cantos tan fácilmente... ¡Pobre Julieta, con un hombre como usted!... ¡No ha encontrado usted su Julieta, en mí!...

—¿Nuria... yo por usted soy capaz de todo!

—¿De todo?... Eso es lo mismo que decir de nada... Si sabe usted leer un poco en el corazón de las mujeres, por muy torpe que usted sea, comprenderá lo que está pasando en el mío... Acaso no sea yo quien manda... Me estoy comprometiendo por usted, lo veo, lo toco, y no renuncio a ello

porque lo quiero, pase lo que pase... ¿Qué me importa a mí lo que pueda pasar después?... ¿Acaso me ha importado nunca?... ¿Dice usted que se va a las cuatro?... Pues bien; ¡a las cuatro lo espero!... Mi casa tiene un jardín de ensueño en el que también trinan los ruiseñores... Por el callejón de la iglesia corre una verja que cierra este jardín... En ella hay un postiguillo que, como el Sésamo de Ali-Babá, se abre al conjuro de unas herméticas palabras... De amor han de ser éstas... Si el de usted hacia mí es tan grande, tan "capaz de todo" como usted dice, que puede operar este milagro, vaya usted allá dentro de una hora... Ya no bailo más; estoy fatigada... Acompáñeme usted al lado de mi madre...

—¡Nuria! Es usted cruel y despiadada... Entre usted y yo—usted lo sabe y lo utiliza—existe una infranqueable barrera...

—La de mi honor...

—¡I a del mío, que como caballero, me obliga al cumplimiento del deber!... La de la ordenanza, que me sujeta como marino...

—¡Es verdad!... Yo creía que los marinos y los caballeros, no se olvidaban de que eran también hombres... ¡Es terrible esto!

—No se burle usted, Nuria... Usted sabe muy bien que me pide un imposible...

—¿Yo?... ¡Está usted trastornado!... ¡Pero si yo no pido nada!... Si yo... concedo...

—Concede usted lo que es para mí imposible de alcanzar...

—Lo posible, lo realizaría por mí el boticario; el registrador de la propiedad... el recaudador de contribuciones... ¡Y no gastan uniforme, ni se llaman Fonseca de Albornoz!... Tiene usted razón, caballero oficial: cumpla usted con su deber... ¡Es gracioso!... Y lléveme usted al lado de mi madre, se lo repito. No bailo más esta noche...

—¡Nuria, por Dios Santo; tenga usted misericordia de mí!

—¿Yo? ¡Jesús, hijo!... ¿Pues qué le pasa a usted?... ¿Quiere usted que lo acompañe a bordo?... Debe usted marcharse ya... Son cerca de las tres, y a las cuatro zarpa el barco ¿no es eso?... ¡A ver si se nos va usted a quedar en tierra!... ¡Sería espantoso!... Váyase usted... váyase, yo se lo suplico... No me perdonaría nunca que por mi causa lo dejasen a usted sin postres... ¡Tendría gracia!...

—Es usted cruel, Nuria; es usted implacable... ¡Es usted una mujer peligrosa!...

—¡Ya me lo dijo usted esta mañana!... No me engañe yo tampoco, al predecirle a usted que esta noche iba usted a pasar un mal rato... ¡Resulta que soy también un poco... profetisa! "¡Ay del nauta que escucha a la sirena; le va en ello la vida!"... ¡Es preciosísimo!...

—¡Pérfida!

—“Como la onda!”... Una Sirena de tierra firme... que *puede*... porque *quiere*... ¡Serás mío!... ¡Mío!... ¡Mío!...

—¡Nuria, que enloquezco!...

—Señor Fonseca de Albornoz; lléveme usted al lado de mi madre... No de usted lugar a que me vaya sola a mi asiento...

—Estoy a las órdenes de usted.

—Gracias... ¡Uf!... ¡Qué calor!... ¿No tiene usted calor, Fonseca?... ¡Está esto imposible!

Nuria regresó al lado de su madre. La pobre señora se aburría atrozmente... Casi, casi, cabeceaba.

—Mamá—díjole la diablesa—este caballero desea despedirse de ti. Es muy tarde ya, y tiene que marcharse con sus compañeros... El barco zarpa a las cuatro, ¿no?...

—Sí, señorita. ¡A las cuatro!

—Pues... ¡a las cuatro!—dijo Nuria alargando la mano, y estrechando con fuerza la del oficialillo, clavando en él los puñales de sus miradas y

arañándolo con los alfilerazos de una sonrisa irresistible—“¡A las cuatro!”

—¡A las cuatro!—contestó Fonseca, cerrando los ojos para lanzarse al abismo, pronunciando su inapelable “Alea” al pasar su Rubicón.

Oprimió con energía la manecita de Nuria, digna, como la de Teodora, de regir un imperio de hombres; saludó cortés, se reunió con sus camaradas, y, acompañados por una comisión de los socios de la casa, partieron todos camino de la playa, donde esperaba ya a los oficiales un bote del *Delfín*.

VI

Clara estaba la noche, cuajados los cielos de innumerables estrellas.

Al salir del Casino, cerca, un reloj de torre, lanzó al aire el claro doblar de los cuartos, seguido de tres sonoras campanadas, graves, ondulantes, gratas al oído, suaves, como si hubiesen sido arrancadas al robusto bronce por un mazo de madera.

—Las tres—dijo uno de los socios. —Tienen ustedes tiempo de sobra.

—¿Qué reloj es ese? — preguntó Fonseca.

—El de la Iglesia... Está aquí, a dos pasos... Mire usted, frente a esta calle se alza la torre.

Erguiase, en efecto, como cerrando el paso a la estrecha vía, la mole obscura del alto campanario. En su ápice, relucía, como iluminada con luz propia, la cruz de oro, remate del pararrayos.

—¡Qué efecto tan bonito! — dijo uno de los oficiales—¿De dónde recibe la cruz esa luz rojiza?

—Debe de estar saliendo la luna... No tardará en asomar por detrás de la Punta, como una amarillenta raja de melón... ¿No lo dije?... Ya se vé

desde aquí... Sólo que yo esperaba melón y me resulta sandía. ¡Su alteza ha empujado también el codo, esta noche, a la salud de ustedes, caballeros!

—¡Es triste la luna menguante!—suspiró Fonseca—¡Todo lo que agoniza es triste!... La luna, la vida, el honor...

—Niño—interrumpió uno de los oficiales:—¿Es que la has tomado romántica?...

Llegaron a la playa. Despidiéronse, cambiando con sus acompañantes las frases de gratitud y los ofrecimientos de rúbrica, y se embarcaron.

Los marineros, remando recia y acompasadamente, alejábanse en breve de la orilla.

Pocos instantes después, antes de llegar el bote a las rompientes de las Perlas, Fonseca, en voz baja, pero en tono que no admitía réplica, dijo a sus compañeros:

—Camaradas: tengo que pedir os un favor.

—¿Qué te ocurre?

—Esta noche me juego la carrera y la vida por una mujer. No intentéis disuadirme, porque es inútil. Es para mí cuestión de amor propio... He dado mi palabra... Son las tres. A las cuatro de he estar en tierra... Permittedme regresar ahora... Os volveréis vosotros. Si antes de zarpar hallo medios de alcanzarlos, lo haré; si no, me presentaré en Barcelona... De aquí sale el primer tren a las cinco... justamente, estará amaneciendo: tengo aún cerca de dos horas para ventilar el asunto... Cuento con el amparo de la noche... y con vosotros.

—Dispón como gustes... y piensa bien lo que vas a hacer... No te comprometas tontamente.

—Es inevitable. Gracias...

Viraron; y en cuatro paletazos, el bote atracó de nuevo a la solitaria orilla. Saltó a tierra Fonseca; despidióse de sus compañeros, y mientras la barquilla bogaba mar adentro, Al-

bornoz se encaminó, recatándose, al callejón desierto de la Iglesia.

La amarillenta luz de la luna, doraba los altos muros del templo parroquial, que proyectaba la sombra de su mole sobre la estrecha calleja. El jardín de la casa de Nuria negreaba tras la verja de hierro con remates de oro. Se oía en el silencio de la noche, la queja cantarina de un surtidor ahillado, que desgranaba las perlas de su líquido airon en la taza de mármol de una fuente. Rosales y jazmines, trepando por el enrejado, asomaban a la calle sus penachos de flores, embalsamando el ambiente con sus efluvios, esperando los besos de las primeras luces del día...

Fonseca recorrió la verja con las manos... Sí; allí estaba el áureo postigo, tras el cual se dibujaba en la fosquedad de las tinieblas, la alburia incierta de un sendero, que acaso conduciría a la felicidad...

Crujió la arena del jardín... Un leve fantasma vaporoso, blanquecino, se cuajó en las sombras, tenue, ingrátido como un jirón de niebla...

Un suspiro:—¡Alvaro!

Otro:—¡Nuria!

Y en el callejón sombrío y misterioso, la verja del jardín floreció al interponerse entre los labios de dos bocas abrasadas de amor, ebrias de sensualidad, ciega, arrolladora, prepotente, rompedora de obstáculos, transportadora de montañas, pobladora de mundos... y el ambiente se impregnó de aromas, el espacio se preñó de armonías, la tierra se cubrió de flores y los cielos se vistieron de luz.

—¡Ya sabía yo que vendrías!—tembló Nuria, agitada por el deseo.—Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere... La voluntad encadena a los Dioses... ¡Y yo soy Voluntad!

—Tú eres amor, vida mía,—contes-

tó Fonseca enardecido. Tú eres Amor y Dominación... Me has vencido; me has esclavizado; me has anulado... Soy tuyo en cuerpo y alma... Tuyo hasta morir y hasta matar... Serás mía...

—Sí...

—Enteramente mía...

—Sí...

—Enloquecedoramente mía...

—Sí...

—¡Eternamente mía!...

—¡Calla!... ¿Qué nos importa la eternidad? Para nosotros la eternidad tiene sólo un instante: éste. La vida entera, sólo una hora: ésta... El tiempo, sólo una época: ahora; ni antes, ni después, ni ayer, ni mañana, ni hoy; ¡ahora!... Este es nuestro tiempo; nuestra vida; nuestra eternidad... No te amé ayer, ni te amaré mañana; no te he amado hoy, no te he amado nunca... ¿qué importa, si te amo ahora?... ¡ahora! ¿No puede darse todo lo pasado y todo lo futuro por este momento?

—¡Nuria!... ¡Mujer!... Eres un arcano; eres un abismo... ¡Te adoro!... Muero por ti... Enloquezco, rabio por ti... ¿Por qué me hablas de este modo?

—Porque tú eres lo desconocido... Lo que no fué ayer, ni será mañana... La quimera eterna, que sin dejar de ser quimera eternamente, va, por un instante, a convertirse en realidad... ¿No comprendes tú la inmensidad de este momento?... Si te hubiese conocido ya, te habría despreciado; si hubiere de quedar encadenada a ti te despreciaría... Serías para mí un hombre; ¡sólo un hombre!... ¡Y el mundo está lleno de ellos, como la vida está henchida de prosa!... Tú, para mí, ni has sido, ni serás; ¡Eres!... ¡No quiero más que esto!... ¡No ape- tezco más que esto!...

—¡Mi posición, mi nombre, mi vida!... ¡Todo por ti!

—¡Nada tuyo!... ¡Tú!...

—¡Siempre!

—¡Ahora!... Siempre es ahora...
¡Ven!

Chirrió la cerradura del postigo... Se entreabrió la puerta de oro del Sésamo de amor... Deslizóse Fonseca... Nuria, palpitante de deseo cayó en sus brazos; unieronse los labios de los bienaventurados en un beso que valía por toda una vida, y, enardecidos, frenéticos, cruzaron el jardín y se refugiaron en la casa, poseyendo la tierra de promisión.

El reloj de la iglesia, dió las cuatro.

Los amantes del momento las oyeron justamente, cuando salvaban los umbrales de la puerta de oro del alcázar de la Felicidad...

Después... volvieron a contarlas de nuevo. Porque el reloj era de repetición, también.

VII

El augusto silencio de la noche, como desgarrón brutal con que se rasga un velo, se rompió con el fragor de un disparo... Instantes después, a sus ecos, inextintos aún, se mezclaron los de otra detonación...

Clareaba ya, cuando, tambaleándose, apareció Fonseca en el jardín. Abrió el postigo de la verja y salió... Voló camino de la playa, teñida ya de azul por los primeros parpadeos del lubricán perezoso... Ante los pasmados ojos del caballero, la borrosa silueta de un buque de guerra, coronada por un débil penacho de humo, perdíase en lejanía...

Fonseca lanzó un suspiro, ahuyentador de las últimas nieblas de su ensueño y se halló de cara a la realidad.

Un grupo de pescadores dispuestos a emprender sus tareas cotidianas, pasó ante él. Saludáronle cortésmente, mirándolo con curiosidad, sorprendidos, quizás, de verlo en tal paraje, a

tales horas... Alejáronse, después, cuchicheando...

Un zagal corrió hacia ellos, y, en alta voz, como la gente de mar acostumbra a hablar les dijo en su idioma, jerga para Fonseca apenas inteligible:

—¿No sabéis?... ¡Al teniente de escopeteros, le han pegado un tiro!... ("Tinent... escopeteros... fumut... tiru...")

—¿Un tiro? — repitió uno de los hombres. ¿Cuándo?...

—No hace media hora... Tumbado lo han hallado, desangrándose, a la salida del callejón de la iglesia.

—¿Muerto?

—No le falta mucho, a lo que dicen...

—¿Y no se sabe quién ha sido el matador?...

Fonseca aguzó el oído. Se estremeció. Parecíale que de labios del muchachillo aquél, iba a brotar su sentencia de muerte, en aquella endiablada gerigonza, que él tan penosamente traducía.

—¡No se sabe nada!... Pero dicen los mozos del Casino, que salió desafiado del baile, con uno de los oficiales del *Delfín*...

El marino creyó sentir en su cabeza el golpe seco y desvanecedor de un mazazo... En su aturdimiento, parecióle sorprender delatorias manchas de sangre, sobre la albura de su pantalón.

Huyó enloquecido, llevando sobre los hombros la pesadumbre de un mundo.

Las miradas desconfiadas, agresivas, hostiles de los hombres de mar, lo acompañaron en su fuga camino de la estación.

Ante él, convulsa, suplicante, con las ropas y los cabellos en trágico desorden y los ojos dilatados por terror infinito, caminaba la imagen tentadora de Nuria, que imploraba:

—¡Caballero Fonseca de Albornoz, eterno amante mío de un mo-

mento: mi honra, mi enlace, mi vida, están pendientes de tus labios!... Tu honor debe guardar el mío;... pues mi vileza es tu vileza y mi caída tu caída, como tuyo y mío ha sido el océano de placer que juntos hemos saboreado..."

—¡Nuria!... ¡Nuria! —murmuraba Fonseca enloquecido— ¡No sospeché jamás que fueses peligrosa hasta este extremo!... “¡Ay del nauta que escucha a la Sirena!... ¡Le va la vida en ello!”

Salió el sol, volcando sobre la crátera de esmeralda del mar toda la riqueza de sus oros. La tierra se estremeció al sentir la caricia de sus besos. El cielo era una clara turquesa, que lentamente se transformó en un limpio zafiro. Reinó el día.

Alvaro Fonseca llegó a la estación cuando el tren que de ella partía, aunque temprano aún estaba formado ya. En el vestíbulo media docena de viajeros esperaban que se abriese la ventanilla del despacho para tomar su billete.

Absorto en sus meditaciones y deseando permanecer inadvertido, el marino se dirigió a un ángulo de la sala de espera, opuesto al hastial en que se hallaba situada la reja del despacho.

Al cruzar el salón, pasando frente a la puerta de entrada, sintió que una voz clara y cristalina, de amable acento que repercutió en sus entrañas, lo llamaba por su nombre:

—¡Fonseca!... ¡Fonseca!... ¡Señor de Fonseca!...

—¡Nuria! —exclamó el caballero, consternado, viéndose en presencia de la hermosa, lozana como una rosa matutina.

Nuria era. Nuria, afable, sonriente, diabólica, acompañada de una vieja criada.

¡Nuria... aún! ¿Qué nueva tortura preparábase aquella mujer de perdición?...

—¡Fonseca! —gritó de nuevo la dia-

blesa, dirigiéndose a él— ¿Cómo usted por acá a estas horas?... No creí volver a verlo nunca... ¿Cómo es que no se ha marchado usted con sus compañeros?... ¿No zarpaba el barco a las cuatro? ¿No se ha ido, quizás?...

—Me retrasé... —contestó balbuciente, asombrado, el marino, dudando de que fuese realidad cuanto le ocurría; verdaderamente confundido ante la serenidad y el arte de aquella empecatada mujer. — Llegué tarde... Mis compañeros habían partido ya... Me resigné a esperar, barzoneando por las calles, la hora de salida del primer tren... Esto es todo...

—¿Y yo?... ¿Por qué no me pregunta usted qué hago yo en la calle a estas horas?... ¿No le choca a usted verme levantada tan temprano?

—Sabía que es usted un poco... excéntrica.

—¡Ríase usted de las excentricidades!... ¡No me he acostado aún!... Va usted a reírse de mí cuando le diga que estoy aquí por culpa de mi femenina curiosidad... y si me apura usted un poco, por causa de usted.

—¿De mí?

—De usted; de usted... Pero ¿no sabe usted nada?... ¿No se ha enterado usted de nada?...

—Supongo que no querrá usted acabar de volverme loco... Me han ocurrido esta noche cosas tan... extraordinarias, que ya no sé si sueño, si deliro, o si he perdido por completo la razón.

—¡Es usted graciosísimo, señor Fonseca!... ¿No sabe usted que han querido matar esta noche, pocas horas ha, al teniente de escopeteros?... ¡Buen susto me han dado!... Estaba yo para acostarme ya, cuando sonaron dos disparos; dos; yo no los oí; pero me han dicho que fueron dos... A poco entró en mi cuarto mi doncella diciéndome lo que ocurría, y... ¡horrorícese usted! ¡¡Que era usted quien había descerrajado los tiros a ese pobre hombre!!

—¿Yo?

—Usted, usted... por yo no sé qué choque que tuvieron ustedes anoche en el Casino... ¡Figúrese mi alarma!... ¡Yo que le creía a usted embarcado ya!... Me eché a la calle; me enteré de todo... ¡Una tragedia, amigo mío!... Parece ser que el Valenciano, el jefe de los contrabandistas, al regresar a su casa encontró en ella al teniente, absorto en amorosa plática con la Valenciana... Nada: cuestiones de contrabando... Por lo visto el teniente habíase dicho para su capote:—"¡Ya que fuman los demás, fumemos todos!"... ¡Es graciosísimo!... Y el caso es que, el infeliz, está muy grave... Menos mal que ha podido confirmar la declaración del Valenciano, que fué quien le hirió... ¡Y nada más!

—¿Nada más?... Para mí esto es todo... Usted ha temblado por mí, Nuria; yo he creído enloquecer... por usted. Estamos en paz.

—¡Oh!... ¡Usted y yo lo hemos estado siempre! Adiós, Fonseca. No vaya usted a perder el tren como ha perdido usted el barco. Es la hora ya... Van a cerrar la taquilla...

—¡Adiós, Nuria!... Que sea usted muy feliz.

—Lo seré. Quiero serlo. Ya conoce usted mi opinión. "Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere"... La voluntad encadena a los Dioses y clava la rueda del Destino... ¡Adiós... para siempre!...

Se despidió Fonseca. Silbó el tren. Partió. Ruido. Humo. Nada...

EPILOGO

"¡Ay del nauta que escucha a la Sirena!... Le va en ello la vida!..."

¡Todo igual!... ¡Todo igual!... ¡Todo igual!...

Desde el inquieto punto de obser-

vación que se mecía en el mar tranquilo, veíase la mancha amarillenta de la tierra esmaltada de verdura, salpicada de puntitos blancos, como palomas posadas en los céspedes, cual bando de gaviotas abatido sobre la arena.

A medida que el cañonero se acercaba a la costa, los pormenores iban tomando cuerpo. Tornábanse bosques y viñedos los céspedes mentidos; gaviotas y palomas convertíanse en casitas, en granjas, en *chalets*, diseminados por el campo y por la playa; la gran mancha blanquecina del pueblo, acusábase vigorosa, extendida a ambos lados de la frondosa rambla, protegida por el centinela gigantesco de la torre parroquial, coronada por la cruz áurea del pararrayos, que centelleaba a los besos del sol naciente, horadada por los alvéolos de las campanas y condecorada—como placa de una encomienda—con la clara esfera del reloj, tirano regidor de la villa.

Junto al agua, la fila de policromas casetas de baño fingía el semicírculo de coristas, "gentes del pueblo" que al compás de una barcarola, comentasen la llegada del barco de guerra. Tras ellas, en el fondo, tocando con la decoración del foro, pasaba empenachado de humo, rebufando orgulloso, raudo, veloz, el primer tren de la mañana, arrastrándose como una serpiente monstruosa.

¡Todo igual!... ¡Todo igual!... ¡Todo igual!...

¡Y, sin embargo, habían transcurrido veinte años desde *aquello*!... ¡Aquí de las películas! "¡Veinte años después!"

Entonces, era el *Delfin*, y perseguía contrabandistas tabaqueros. Ahora era el *Atrevido*, y oxeaba sumergibles... Pero era igual... ¡Igual!...

Fonseca de Albornoz, el Fonseca de ayer, era un oficialillo del montón. El Fonseca de hoy es el comandante del buque... Pero era igual... ¡Igual!...

Cuando el *Atrevido* fondeó en plena mar alejado de "Las Perlas": las rocas submarinas que pretendían defender la playa de las acometidas del piélago; frente a la dilatada costa, huérfana de todo refugio; meciéndose blandamente al impulso de las ondas breves, densas, mórbidas, Fonseca de Albornoz se vió transportado a los remotos días en que el *Delfín* había hecho lo mismo; en que él, pletórico de juventud y de ardimiento, había saltado a tierra y recorrido el marítimo paseo, luciendo su uniforme cándido, partiendo corazones, causando estragos entre las gentiles veraneantes, deslumbrando a las románticas indígenas, para quienes un marino en tierra y al alcance de sus miradas, era un ser extraordinario, casi mitológico... Allí, entonces, había él conocido a Nuria, la estupenda belleza que lo hipnotizó con el fuego de sus ojos semíticos; que lo enloqueció con sus gachonerías criollas; que lo encadenó con los hechizos de su diabólica hermosura; que lo sedujo con su canto de Sirena, devoradora de hombres; que fué materia ardiente en la posesión; sombra vana al desvanecerse... ¡Nuria!... ¡María de Nuria!... ¡oh, qué día aquél, aquel día lejano, pasado ya y presente siempre!... ¡Oh, el sueño de amor, de aquella inolvidable noche de verano!... Y "veinte años después", en una dorada mañana de estío— ¡como aquella! —el *Atrevido*, fondeado frente a la pintoresca villa...

Fonseca no resistió la tentación. Pidió un bote, y con sólo un marinero, se dirigió a tierra.

El mar cabrilleó al recibirlo, gozoso, alborotado... Saltaban los cachones, azuzados por las primeras ráfagas de viento "de fuera"... Cerca ya de los rompientes de las Perlas, un alborotado tropel de nadadores rodeó la ligera embarcación; muchachos y muchachas que en sabrosa promiscuidad triscaban como corderillos por la pradera líquida, realizando proe-

zas natatorias. Algunos, los más osados, asíéronse a las bordas, saludando al marino, bromeando con él, dueños de su elemento. Las chiquillas, alentadas por la impunidad del incógnito, atreviéronse a acercarse a la barca. Cubríanse con modernísimos trajes de baño, *maillots*, ceñidos a las adorables curvas de sus encantos, sordos a las protestas del pudor; desnudos los brazos; pecho y espalda descubiertos; parcamente velado el arranque de los muslos... Ellos, los pollos, con las revueltas cabelleras empapadas de agua, vigorosos, viriles, parecían un bando de tritones, que entre gritos y risas y alboroto, perseguían encelados, a las sirenas seductoras... Faltábanles los múrices de púrpura y de nácar, sonando roncamente, para que la ilusión fuese completa... El bote del marino, sería la venérea concha; los remeros, los sueltos hipocampos; Fonseca de Albornoz un Neptuno, olvidado de su tridente... Bello asunto mitológico a propósito para un viejo repostero de Gobelinos o de Santa Bárbara.

De pronto, Fonseca, palideciendo hasta la lividez, clavó sus miradas en la nereida última que se había asido al bote.

Era Venus Afrodita, con traje de punto. Una verdadera Sirena, arrogante mujer, de esculturales formas clásicas, cuyos muslos, fundidos en la escamosa cola de un pez monstruoso, se agitaban debajo del agua... De ébano salpicado de diamantes eran sus cabellos; sus labios de coral, perlas sus dientes, sus ojos dos carbunclos rasgados, luminosos, dos insondables abismos de sombra, en cuyo fondo centelleaban dos hirvientes volcanes...

¡Ella!... ¡Sí; era ella!... ¡La mujer-sedución de veinte años había, que por fuerza de un conjuro, logró, acaso, clavar la rueda del tiempo, encadenándolo a su indomable voluntad!... ¡Nuria!... ¡Su Nuria!... ¡¡ Todo igual!...

Fonseca se sintió presa del vértigo. Inclínose hacia la fascinadora aparición, clavó en ella sus enloquecidas miradas, asíóla, violento, por los brazos, y exclamó frenético:

—¡Nuria!... ¡Nuria!... ¡Nuria!...

Ella, sorprendida, asustada, lanzó un chillido de espanto; y el hábito llevó a sus labios el supremo grito de auxilio.

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

Mientras ondinas y tritones le gritaban:

—¡Nuria: no te asustes, mujer!...

Ella, vesánica, inconsciente, ciñó con sus brazos el cuello del marino, y, presa de un invencible terror, se colgó de él, tiró de él, lo venció y tras ella lo sepultó en las inquietas aguas. Y todo fué un relámpago.

Pasados los primeros instantes de estupor, zambullóse el remero, mientras los bañistas huían, alocados, en cobarde desbandada.

La profundidad era grande... Las Perlas, amenazadoras, dificultaban la exploración... No fueron rescatados los cadáveres.

Ondinas y Tritones desaparecieron oxeados por los soplos de la tragedia..., mientras en el misterioso fondo del mar una sirena y un nauta celebraban sus desposorios...

Por la tarde, en una suntuosa mansión del pueblo, rodeada por un jardín de maravilla, una dama, enloque-

cida por el dolor, oía decir a un muchacho, a cuyo rostro no había vuelto aún el color, robado por la terrible impresión de la mañana:

—¡Figúrese usted, señora, la alarma de nuestra amada Nuria al oír que el marino la llamaba por su nombre!... ¡Un nombre tan poco prodigado como el de usted y el de su hija!...

—Pero ese hombre...— ayeaba la dama infeliz, hermosa aún hasta en su dolor—¿Quién era ese hombre?...

—El comandante del *Atrevido*... Don Alvaro Fonseca...

—¡De Albornoz!—terminó la dama con un rugido.

Y cayó desplomada sobre el *parquet* de la saleta.

Nuria de Cárdenas y D. Alvaro Fonseca de Albornoz, cuyos cadáveres, enlazados aún, arrojó el mar a la playa, reposan juntos en el panteón de los Palet, de Mardarenas.

Un suntuoso enterramiento de familia, en el que Fonseca, por decreto del destino, ocupa el lugar destinado al padre de Nuria..., muerto, según dicen, en las tierras cubanas, en que vió la primera luz.

“Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere...” Pero a veces los Dioses quieren cosas en las que nunca ha pensado la mujer.

Vicente Díez de Tejada.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curacao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD



PECHOS PILDORAS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses, con

CIRCASIANAS, Doctor Brún.

27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; MURCIA, Selquer; ALICANTE, Aznar; SEVILLA, Espinar; SAN SEBASTIAN, Tornero; VIGO, Sadaba; SANTANDER, Sotorrio; MALLOA, A., "Centro Farmacéutico"; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandirán. Mandando 650 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, Barcelona, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. Descuénale de las imitaciones.

DOLOR REUMÁTICO

Nada como milagroso ACEITE DE BOMBAY, de fama mundial 69 años de excelentes resultados.

OJO CON MEDICAMENTOS INTERNOS QUE FATIGAN ESTÓMAGO O DAÑAN RIÑÓN! 5 pesetas frasco. Madrid, Gayoso y buenas farmacias. Remítase contra ptes. 6. Representante: Pousarxer, Apartado 481. Barcelona.

Aceites y grasas

— lubricantes —

Insuperable
para
el engrase
de
los autos

SUCESORES DE

E. Steinfeldt



OLEO-MOTOR

Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas

Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 984
MADRID

SUMMIT

Tónico
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.
Pedid prospectos.

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositorios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

SUMMIT

Tónico
nervioso

DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUMCIÓN, CLOROSIS
CONVALECENCIA

ANEMIA

VINO
Y JARABE
Hémoglobine
Deschiens

Todos los médicos reconocen que este fuerte vital de la sangre CURA SIEMPRE. Es muy superior a la carne cruda, a los extractos, etc. De salud. Francia. — PARIS.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

Ayuntamiento de Madrid

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO

Publicado bajo la dirección de José Alemany

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

•••••

Este Diccionario, lujosamente encuadernado, contiene:

: 2.700 páginas :	⊗	6.000 grabados
90.000 artículos .	⊗	: : 77 mapas : :
: : : : 14 primorosas cromotipias : : : :		

Precio: 15 pesetas.

•••••

Antes de comprar ningún Diccionario examine usted en cualquier librería esta nueva publicación de Alemany, que acaba de editar la Casa Editorial SOPENA

Mediante el envío de 15 pesetas, remitiremos a usted por correo este novísimo Diccionario Enciclopédico Ilustrado.

Diríjase usted a RAMON SOPENA

Provenza, 95.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid